ALGUNOS ASPECTOS DEL REALISMO MAGICO DE BORGES

POR

ANTONIO GENOVES

El dominio de la materia, donde la técnica es más vertiginosa que la ciencia, está llenando de peligrosa hondura la vanidad del hombre medio. Nos preguntamos si Jorge Luis Borges —«aún siquiera parcialmente, soy Borges» (1)— tiene más que acreditados fundamentos para mostrarse vanidoso de su obra, afortunadamente inconclusa.

Si el «dominar» la materia de un idioma y el descubrir planos del Universo supone una predisposición en el hombre para incrementar su vanidad, Borges tendría que hallarse sobresaturado de ella.

Con entera seguridad que Borges no ha rozado siquiera la clasificación de «hombre medio», y gracias a su inexistente vanidad, como hombre superior, puede impregnar al realismo circundante de la poderosa magia expresada en su poesía y en sus relatos. Su actitud filosófica y su aportación literaria son piedras angulares para nuestro tiempo (un tiempo tan especial como cualquier otro tiempo; un tiempo en el que, asombrosamente, los hombres están apegados a la conquista de la materia, al dominio de las fuerzas telúricas, desvinculándose —en una vorágine conducente a la desaparición en masa— de lo más entrañable en el hombre: esa maravillosa fe en los destinos superiores, a los cuales el hombre debería consagrar más su escaso «tiempo»). No pasarán muchas fechas, y en todos los países de habla hispana se irá acentuando la influencia de Borges, y en lo que respecta a nuestra España —«tierra en la que hay pocas cosas, pero donde cada una parece estar de un modo sustantivo y eterno» (2)—, su aportación como poeta, escritor y filósofo superará, sin duda alguna, a muchos de los oficialmente consagrados hoy y también a los que —como lastre habitual— se dice que marcan una época.

Borges es algo más que un poeta y escritor trascendente: es un orfebre del idioma y un alquimista —a la vez antiguo y moderno— de la realidad fantástica. Para Pauwels y Bergier (3), Borges es «uno de los más grandes escritores vivientes». En la historia de la Humani-

(1) J. L. Borges: *El Zahir*. «Antología personal», 1961. Editorial Sur, Buenos Aires, con autorización de Editorial EMC.

(2) J. L. Borges: *En busca de Averroes*.

(3) Pauwels y Bergier: *Le Matin des Magiciens*. Ediciones Gallimar, 1960. Versión española: *El retorno de los brujos* (?). Plaza y Janés, 1961. Barcelona.

dad ya está inscrito Borges, y en la historia del Arte ocupará un destacado lugar, inalcanzable para muchos. Lo que queda expresado pudiera parecer igualmente fantástico, por desorbitado, para la mente del hombre medio. Sin embargo, un somero análisis, un leer mejor, un releer cualquier relato de Borges, obliga al lector más agnóstico a vislumbrar, por sensibilidad, parte del conocimiento de lo absoluto, y al escéptico, a no dudar de la existencia de la verdad o de una faceta de la verdad.

Un solo relato, *El Aleph* (4), consagra a un escritor y puede obligar a muchos escritores a que escriban «su aleph». Las grandes aportaciones modernas de la llamada literatura fantástica, están vinculadas a un «realismo mágico». Desde Edgar Allan Poe hasta Jorge Luis Borges, existe un movimiento literario de incalculable influencia, que abarca numerosos planos del saber y de la investigación contemporánea. El hombre está más cerca de lo Absoluto de lo que supone. Por ello, el relato de Borges titulado *El Aleph,* al mostrarnos un sinfín de posibilidades, nos fuerza a penetrar, en este bosquejo de ensayo, en el «realismo fantástico» de Pauwels y Bergier, en el «realismo mágico» de Borges, y en un cierto paralelismo en relación con Meyrink (5).

Partiendo de *El Aleph,* hemos entresacado información de *Le Matin des Magiciens.* Una opinión de Pauwels y Bergier con respecto a Gustav Meyrink, nos ha permitido especular sobre analogías existentes, a juicio nuestro, entre los universos personales de Borges y Meyrink, según sus respectivas obras, *El Aleph* y *El Golem.*

La primera realidad mágica operante y existente en los relatos de Borges es la presencia de un vivificante aire de eternidad en el espacio-tiempo; eternidad que se arropa en la estructura, belleza y expresión de un idioma magistralmente «puesto a punto». Muchos ensayos sobre la literatura de Borges han sido escritos —están incubándose hoy en día—; pocos abordarán una temática tan especial como la nuestra. Sirva, pues, y tan sólo como iniciación. Relato, cuento fantástico o intento de síntesis de antiguas tradiciones y de actualísimas teorías matemáticas (que cada lector sacie su sed en el plano que desee), *El Aleph,* de Borges, se halla, en nuestra opinión, fuera de una normal clasificación rutinaria.

Lo que en verdad interesa es el poder adentrarnos en ciertos significados de la tradición esotérica, expresados en un lenguaje actual, y

---

(4) J. L. Borges: *El Aleph.* Buenos Aires, 1949. Ediciones Losada. En «Antología personal» (I).

(5) Gustav Meyrink, poeta, filósofo y cabalista alemán, cuyas obras no han sido traducidas al castellano. En francés: *Le Golem* y *Le Visage Vert,* 1929 y 1932, respectivamente. Editions Emile-Paul Frères, París.

alcanzar en la vanguardia de los conceptos la posibilidad de exponer ciertas abstracciones matemáticas, ciertos fragmentos literarios que ayuden a un mayor número de posibilidades convincentes.

Por otra parte, el acercamiento al «realismo mágico» de Borges, no es precisamente fácil. Se hace necesario prescindir del punto de vista de la razón clásica, y «no tener miedo a lo desconocido», recordando a Eliphas Levi (6)—aquel Alfonso Luis Constant, que vivió un mundo mágico y murió pobre, miserable y arrepentido—. Borges, de tener miedo, sería por lo que conoce.

En *El Aleph* nos alecciona sobre su naturaleza y su nombre. No indica que «Aleph» sea la primera letra del alfabeto hebreo, y sí—al igual que Eliphas Levi (7)—«la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada». Para la Cábala, esta letra significa el *En Soph,* la ilimitada y pura divinidad (8); también se ha dicho que tiene la forma de un hombre que señala el cielo y la tierra para indicar que el mundo inferior es el espejo y el mapa del superior; el «Aleph» es el símbolo de los números transfinitos, en los que el todo no es mayor que algunas de las partes. A este respecto, Pauwels y Bergier (9) indican: «la idea de un punto transfinito es prodigiosamente abstracta y se puede concebir que existan en el espacio puntos «aleph», como el descrito por Borges, donde se encuentre representado todo el continuo espacio, y el espectáculo se extiende desde el interior del núcleo atómico hasta la galaxia más lejana». Esta idea de puntos «aleph» sigue siendo abstracta en la mente de un lector medio—de un hombre medio—, pero también son abstractas las ecuaciones de la relatividad, de las que se derivan la televisión, la bomba atómica, por ejemplo. Uno puede imaginar que en un porvenir más o menos lejano, después de dominar las matemáticas de los transfinitos (10), el espíritu humano logrará, ayudándose de ciertos instrumentos, construir «alephs» en el espacio, puntos transfinitos, desde los cuales lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande aparezcan en su totalidad y en su última verdad. Si estas paradojas del transfinito son fundadas—personalmente estimo que lo son, y por ello dejan de ser paradojas—, Banach y Tarski (11) tienen razón.

Por otra parte, André Breton (12) indica: «Todo induce a creer que existe un cierto punto del espíritu desde el cual la vida y la muerte, lo

---

(6) ELIPHAS LEVI: *Historia de la magia.* Versión española de E. Barea, 1922.

(7) ELIPHAS LEVI. *Dogma y ritual de la alta magia.* Versión española con innumerables erratas. Editorial La Irradiación.

(8) LEO SCHAYA: *L'Homme et l'Absolu selon la Kabbale.* BUCHET-CHASTEL: *La Barque du Soleil.* París, 1958.

(9) PAUWELS Y BERGIER: *Le Matin des Magiciens.* Capítulo IX: «El punto más allá del infinito.»

(10) GEORG CANTOR: *Zur Lehere vom Transfiniten.* Leipzig, 1890.

(11) Matemáticos polacos contemporáneos.

(12) ANDRÉ BRETON: *Second Manifeste du Surréalisme,* 1930.

real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo, dejan de ser percibidos contradictoriamente.»

Las aclaraciones de Borges sobre el «Alpeh» continúan. Habla de «un manuscrito del capitán Burton (13), del espejo de Luciano de Samosata (14), sobre el que Burton dice: «Además de no existir (¿?: los interrogantes han sido intercalados con deliberado y pausado asombro por nuestra parte y nada tienen de alusión con respecto a Borges), son meros instrumentos de óptica» (insistimos en los conceptos de Pauwels y Bergier sobre «las posibilidades»). «Los fieles que concurren a la mezquita de Amr, en El Cairo, saben muy bien que el universo está en el interior de una de las columnas de piedra...» «... las columnas proceden de otros templos de religiones anteislámicas...»

¿Piedra? ¿Aleph? ¿Universo?

«... y fijas los ojos en el decimonono escalón de la pertinente escalera...» «... cuenta diecinueve escalones...»

Ese «decimonono» escalón significa, para los discípulos de Hermes, la *piedra filosofal,* «el fundamento de la filosofía absoluta», a decir de Eliphas Levi (15). En la Tabla de Esmeralda se indica que es necesario separar lo sutil de lo fijo con gran cuidado y atención extremada. Encontrar la «piedra filosofal» significa haber encontrado lo absoluto. La clave de Borges está en que su «Aleph» aparece en el decimonono escalón, equivalente a *piedra filosofal.* Los antiguos y modernos alquimistas no han variado: sus leyes son eternas.

Ningún escritor contemporáneo de habla hispana ha llegado tan lejos —y tan cerca a la vez— como Borges. Cualitativa y cuantitativamente, su «Aleph» está mostrando la posibilidad real y mágica de un todo armónico: el remate de la gran obra de los alquimistas: el hallazgo de la *piedra filosofal,* expresado en *El Aleph.* Si, como dice Alexis Carrel, «Las experiencias del espíritu son de gran importancia» (16), y admite «una extensión de la conciencia al igual en el tiempo como en el espacio», tendremos que convenir en que Borges ha visto en su decimonono escalón su «Aleph», e instantáneamente ha encontrado «la piedra filosofal». Un rayo del universo paralelo al visible, para el hombre medio, tiene aquí la significación de luz mágica y, gracias a él, ha podido separar lo sutil de lo fijo; gracias a su realidad mágica —a su expresión, a su lenguaje— nos muestra las infinitas posibilidades existentes en el ser humano. El hombre, el lector medio, puede inclusive creer o no en estas posibilidades; pero sería interesante una lectura repetida de

(13) R. Burton (1821-1890). De nacionalidad inglesa. Descubrió el lago Tanganica. Traductor de *Las mil y una noches.*

(14) Escritor griego. *Diálogos de muertos. Historia verdadera.*

(15) Eliphas Levi: *Dogma y ritual de la alta magia.* Cap. 19.

(16) A. Carrel: *L'Homme, cet inconnu.* Plon, 1936.

El Aleph de Borges; lectura que podría equipararse a los efectos que produce la ingestión de cierto preparado de la llamada planta mágica (17), gracias al cual se alcanza un estado de conocimientos supranormales, suscitadores de clarividencia y de facultades premonitorias. La lectura de *El Aleph* es más directa para este plano del conocimiento y, desde luego, más honesta que el recurrir a medios químicos. No puede aparecer trauma alguno «viviendo» el «Aleph» de Borges. De «instante en instante», el lector medio adquiere una mayor sensibilidad. Su propio y limitado universo se amplía. La realidad circundante queda, al mismo tiempo-espacio, convertida en una *realidad circundante mágica* —otro plano más elevado—. Es un instante de infinitos instantes. El mostrarnos esa posibilidad es quizá mostrarnos la mecánica para la percepción de un «aleph» propio. Varios universos, en paralelo, surgen. Una atención, una escucha inteligente, nos permite el poder sintonizar con emisoras del espacio, en cuyos programas los temas parecían antes contrapuestos y ahora se muestran coincidentes. El universo queda desbordado cuando se sigue cautelosamente la lectura de *El Aleph,* al igual que cuando se analizan las argumentaciones de Cantor (18). «En la matemática del transfinito —que precisamente estudia los «alephs»—, la parte es igual al todo. No existe más que un medio de pasar más allá del «aleph»: el de elevarlo a la potencia «aleph». Pero «aleph» elevado a la potencia «aleph», es otro «aleph». No existen en el universo objetos en número suficiente para que al contarlos se llegue a un «aleph-dos». Los «alephs» se extienden hasta el infinito. El espíritu humano logra, pues, desbordar el universo, construyendo conceptos que el universo no podrá llenar jamás.»

¿Cuántos relatos pueden equipararse a este relato de Borges? Aleph-piedra filosofal-universo, pertenece a una realidad mágica o a una fantástica realidad.

Cuando el lector ha penetrado en el sentido esotérico del relato, busca un punto en el espacio, en un imaginario número 19, en un ángulo, en el techo de la habitación, en el techo del mundo, en el techo del universo —ese universo que, según son los hombres, así es concebido e interpretado—. El lector medio busca su «aleph». Y queda así comprobada la realidad mágica de Borges.

★

Las necesarias consultas a que obliga la lectura de *El Aleph,* de Borges, hacen que acontecimientos aparentemente casuales dejen de

(17) *Hoemadoctyon Amazonicum,* llamada planta telepática o mágica. Fué descubierta por el doctor Z. Bayon en 1905 (París-Medial, 15-IV-1924).

(18) Véase *Le Matin des Magiciens,* cap. IX.

serlo. Gracias a *El Aleph,* uno ha tenido que recurrir a nutridas bibliotecas. Algunas decenas de libros son de obligada consulta.

En *Le Matin des Magiciens* (19), Pauwels y Bergier hablan de «un genio desconocido», refiriéndose a Gustav Meyrink (20), y de Borges, repetimos, «uno de los más grandes escritores vivientes». ¡Curiosa esta asociación Borges-Meyrink!

Borges escribe *El Aleph.* Meyrink, *El Golem* (21). Pero también Borges escribe el poema titulado *El Golem.* ¿Existe, acaso, un «aleph» en *El Golem* de Meyrink? El viejo rabino Loew, ¿acaso vió un «aleph» y gracias a ello pudo crear su «Golem»? Por otra parte, ¿quién duda del parecido de *El Golem* con los actuales *robots,* creados en el mundo do de la Cibernética, según la expresión adoptada por Norbert Wierner?

Difícilmente puede uno sustraerse a la tentación de transcribir algunos párrafos de lo expresado por Meyrink en *El Golem:* «Una antigua leyenda nos habla de una casa existente en la calle de los Alquimistas; casa que existe durante los días con niebla y solamente vista por los que nacieron en domingo. La denominan *el muro del último farol.* Quien transita por la referida calle durante el día, ve tan sólo una gran *piedra* gris, tras la cual se encuentra un abismo...» «... dicen que bajo la piedra yace un inmenso tesoro...» (¿La piedra filosofal? ¿Un «Aleph»?).

«El origen de la historia de *El Golem* se remonta al siglo XVII. Según narraciones extraviadas de la Cábala, un rabino creó un hombre artificial llamado Golem, a fin de utilizarlo para su servicio. Este Golem tenía que ayudarle a tañer las campanas de la Sinagoga y realizar toda clase de rudos trabajos. De esta creación no surgió un hombre verdadero y sí un ser vegetativo, pesado y semiconsciente —tan sólo durante el día—, y todo ello gracias a la influencia de una inscripción mágica (¿el «Aleph»?) que el rabino escondía tras los dientes del Golem, para atraer sobre él las fuerzas siderales del universo...» «... Una noche, antes del habitual rezo, el rabino Loew olvidó sacar la fórmula mágica contenida en la boca del Golem. Este, preso de un furioso delirio, recorrió las calles oscuras rompiendo todo lo que sus manos tocaban. Al recuperar el rabino la inscripción, aquella criatura se desplomó sin vida. Del Golem quedó tan sólo un cuerpo de arcilla...» «... Cada treinta y tres años se producen acontecimientos que, sin tener nada de extraordinarios, provocan terrores inexplicables e injustificados. Siempre ocurre que un hombre imberbe, absolutamente extraño,

(19) Véase *Le Matin des Magiciens,* cap. VIII.
(20) Meyrink, místico y ocultista.
(21) *Golem,* en hebreo, significa «estatua de arcilla». Nombre dado a una de sus criaturas por el viejo rabino Loew, cabalista y mago, célebre en los tiempos de Rodolfo II de Habsburgo.

de tez amarilla y tipo mongol, aparece en la calle del viejo templo, cubierto de andrajos pertenecientes a otra época, y camina lenta y torpemente por el barrio judío. En cierta ocasión, dicen que describió un círculo, y algunos pretendían que el Golem se acercaba hacia ellos, surgiendo de un ángulo de otra calle, y a pesar de *acercarse* ostensiblemente, su tamaño *disminuía,* acabando por desaparecer...» «... Al llegar el día, mi segundo yo, incorporado ya del lecho, observó cómo cerca de él se encontraba el tenebroso «habal garmin» (22). Le miré a los ojos, comprendiendo que estaba bajo mi poder y debía contestar a mis preguntas sobre el mundo terrenal y el más allá. La sed de misterio no podía luchar contra la pesadez de mi sangre, y sudaba en el terreno seco de mi razón. Rechacé al fantasma para que se transformara en la imagen de Angelina. El fantasma se encogió, transformándose en la *letra Aleph.* Creció de nuevo y permaneció ante mí como mujer gigante, completamente desnuda, tal y como yo la había visto en el libro *Ibbur* (23), con pulsaciones como temblores de tierra...»

Y en *El Aleph* de Borges: «Baja; muy en breve podrás entablar un diálogo con todas las imágenes de Beatriz.»

Borges *omite* en su maravillosa descripción de lo que ve en el «Aleph», al Golem. El «Aleph» de Meyrink, en *El Golem,* tiene indudable analogía con el «Aleph-Beatriz» del «Aleph-Borges».

No puede aceptarse la identidad de destinos y sí la analogía en los destinos individuales. El «Aleph» de Borges es análogo a cualquier «aleph», pero la exposición correlativa de lo que uno ha visto en el «Aleph», es lo que caracteriza al individuo. Si Meyrink hubiese visto «un aleph» en *El Golem,* en el sentido que Borges lo expresa, la descripción podría haberse iniciado con la letra Aleph, y a continuación la visión de Angelina, y quizá el Golem, el foso de los ciervos, el símbolo de Osiris, el nacimiento de Armilos, y su propio ser transformado en Pernth, caminando por la calle de Salmiter...

En Borges: «Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América...»

Es muy probable que los futuros relatos de los «alephs» —refiriéndonos a escritores de los mismos— nos darán una medida de la riqueza espiritual y de la trascendencia en lo expresado. «... y *lloré,* porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan

(22) «Espíritu de los huesos», en hebreo.

(23) J. L. Borges: *Dos notas.* «Acercamiento a Almotasim». Borges da la referencia de Isaac Luria, cabalista de Jerusalén (siglo XVI). Propaló que el alma de un antepasado o maestro puede entrar en el alma de un desdichado para confortarlo o instruírlo. *Ibbur* se llama a esta variedad de la metempsícosis. Meyrink cita el libro *Ibbur* en *El Golem,* pudiendo igualmente referirse «a la gestación de la mujer o del año». Luria se interesó por la Cábala especulativa y práctica. Fué discípulo de Cordovero, en Safed.

los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.»

Gracias, Jorge Luis Borges.

Es significativo el hecho indicado por Borges (24): «ni siquiera tenemos la seguridad de nuestra pobreza». Y Meyrink, por boca de uno de sus personajes, en *El Golem:* «... de tan pobre que soy, no llego a comprender la magnitud de mi pobreza...»

Borges: «No tocará por cierto a mi *karma*» (25). Meyrink: «Nosotros podemos morir y no cumplir una misión por haber sido olvidada, pero ésta continúa tenebrosamente viviendo en nuestra alma...» Es también un *karma.* Nadie puede sustraerse de su *karma.* De no haber escrito Borges *El Aleph,* tendría que aplicarse lo indicado por Meyrink. Y el que lea *El Aleph,* de Borges, en el breve espacio-tiempo de que disponemos —en este «instante»— y no pueda vislumbrar aunque sea un «pequeño aleph», es posible que vea en otro instante al «Golem» de sí mismo convertido en arcilla.

Exorbitadas o normales digresiones en espiral se irían produciendo al comentar frases de Borges. En nuestra «delchimourim» (26), la luz se proyecta hacia un realismo mágico, y Borges puede «sentirse en muerte» (27). Edgar Allan Poe, en su «delirium tremens» kármico, se «sentiría en muerte». Lugones (28), en aquel viernes 18 de febrero de 1938, se «sintió en muerte».

Borges, en su *Antología personal* (29), habla en el prólogo de «su pobreza fundamental». Esta sinceridad roza humildemente su gran karma positivo y lo ennoblece. Si su pobreza es ser «aunque parcialmente Borges», misterioso, feliz y maravilloso instante el de su paso

---

(24) J. L. Borges: *Historia de la Eternidad,* 1953, p. 41.

(25) J. L. Borges, en el prólogo de *Historia de la Eternidad. Karma* equivale a un principio: acción = reacción. Curiosa la analogía existente con las Sagradas Escrituras.

India: «Verdaderamente, el hombre es creado por el pensamiento; lo que piensa en una vida, lo llega a ser en otra» (Chandogya Upanishat, III, XIV, I).

Zoroastriana: «Hasta el fin del mundo, Tú, por tu justicia, darás recompensa según palabra y acto; mal al perverso y bendición al bueno» (Yansa, XLIII, 5).

Hebrea: «El que se tapa los oídos cuando clama el pobre, clamará, pero no será escuchado» (Proverbios, XXI, 13).

Cristiana: «No juzguéis para no ser juzgados. Porque con el juicio que juzguéis seréis juzgados, y con la medida que midáis seréis medidos también» (San Mateo, VII, 1-2).

Islámica: «Cualquiera infortunio que caiga sobre vosotros es a causa de algo que vuestras manos han hecho» *(Los dichos de Mahoma,* pp. 100-101).

(26) En hebreo: «noche de defensa», y por extensión, «noche de vela orando». Se indica que fué la noche antes de la huída de Egipto.

(27) J. L. Borges: *El idioma de los argentinos.*

(28) Leopoldo Lugones (1874-1938), escritor argentino. Puso término a su vida en una isla del Tigre.

(29) Interesante recopilación, donde nos faltan poemas y relatos, que sin duda alguna hubiésemos incluído.

desde 1899 hasta..., y de sus muchos instantes desde su evieterno «Aleph».

«El tiempo atenúa los recuerdos» (30). Nuestro tiempo fuerza los recuerdos que suscita *El Aleph* de Borges. Hay algo más que poema y creación literaria en Borges. Hay algo más que novela en *El Golem* de Meyrink. Ese algo más que los seres trascendentales nos ofrecen, forma parte consustancial de infinitos mundos paralelos. Son mensajes cifrados cuya clave nos la ofrecen sin pedirnos nada a cambio. Tan sólo vivimos, cuando deberíamos vivir en estado de «alerta», y «de instante en instante». Y aun en vida, continuar «sintiéndonos en muerte». Pocos relatos adquieren una proyección tan fabulosa como el de Borges, hacia un universo —un mundo mejor— en donde la visión es más objetiva, porque es más real, absoluta y mágica a la vez. Pocos relatos mueven al ser a «ser».

Al mensaje de Plotino, «Voy a llevar lo que hay de divino en nosotros a lo que hay de divino en el Universo», podría agregarse, en nuestra «noche de defensa», el de Borges (31): «Quien ha entrevisto el Universo, quien ha entrevisto los ardientes designios del Universo, no puede pensar en un hombre, en sus triviales dichas o desventuras, aunque ese hombre sea él.»

Diríamos que el realismo mágico y la humildad ejemplar de Borges expresan todo un punto de partida para, al «sentirse en muerte», «sentirse en vida» y alcanzar el olvido del yo para penetrar conscientemente en un Aleph-Dos.

El elemento paradójico que lleva implícito todo análisis de *El Aleph* conduce indefectiblemente a fundir toda paradoja en el crisol de una paradoja inexistente.

Puesto que «todo idealista es un constructor en el mundo real» (32), todo gran idealista será un formidable arquitecto en el mundo del realismo fantástico.

Nadie, a estas alturas de la técnica, puede dudar de la existencia de los «robots», de los cerebros electrónicos, de los viajes interplanetarios, de la comunicación telepática, de los mensajes existentes en el globo terráqueo de origen extratelúrico; el lector medio tampoco puede dudar de la existencia del *Golem,* y del mensaje de Borges en su «Aleph».

No olvidemos que «las más incompatibles esperanzas pueden convivir sin estorbo» (33). Si es verdad que «en lo presente está lo futu

---

(30) J. L. Borges: *El Zahir. La noche cíclica. Alusión a una sombra de mil ochocientos noventa y tantos. Nueva refutación del tiempo.*
(31) J. L. Borges: *La escritura de Dios.*
(32) C. Jinarajadasa: *En su nombre.* Opúsculo dedicado a Kut-Humi, 1913.
(33) Irineo, obispo de Lyon, martirizado en el año 202.

ro» (34), nos es preciso aceptar como mensaje especial los llamados relatos de Borges, su realismo mágico, su aportación hacia una concepción de infinitos mundos lejanos y cercanos a la vez. Y dejar atrás (35) «nuestras estrechas creencias y formulaciones, nuestras apetencias y esperanzas, para experimentar aquello en que no cabe el tiempo ni la muerte».

Antonio Genovés
Prolong. General Mola, 202
Madrid

(34) KRISHNAMURTI: *Ventilación de problemas*, 1947.

(35) Krishnamurti, trascendental filósofo. En 1929 renunció a todos los honores y riquezas. La base fundamental de su doctrina consiste en que «la verdad es el resultado de una iluminación interior».